

La alegría de vivir y su reflejo en el arte

PILAR RUIZ GIMENO

Este texto es el resultado de la lectura placentera, enriquecedora y sugerente de dos obras de Clément Rosset, *La alegría y su paradoja* y *El escudo de Aquiles*.

1. La alegría de vivir y su paradoja

S. Isidoro de Sevilla, 560-636, en sus *Etimologías* explica que del latín *alacer-cris*: *alegre, rápido, vivaz* proceden *alegre* que se dice de quien tiene velocidad y carrera, que habla como si tuviera alas. Y *alacridad*, que significa que es feliz, salta de gozo y nada le perturba. El DRAE define la alegría como un sentimiento grato y vivo que suele manifestarse con signos externos. Ligereza, falta de reflexión. El M. Moliner dice:

Cualidad o estado de ánimo habitual del que se siente bien en la vida, tiene tendencia a reír y encuentra fácilmente motivos para ello. “Alegría de vivir”, estado de ánimo de la persona que se siente satisfecha en la vida.

Para Ortega, *alegría* tiene relación con el griego *alke*, ciervo, “porque quien está alegre salta como un ciervo”. Y también, con aligerar, perder peso o gravedad.

Así vemos cómo el término conserva los significados primitivos de “expresividad gozosa y de ligereza”; por eso decimos que: “Los niños son la alegría de la casa” o “saltaba de alegría” o “dar alas a la alegría”.

Rosset¹ parte de la afirmación de Aristóteles en la *Ética*: “El sentimiento de existir constituye un gozo por sí mismo”, para plantear que de una parte estarían los placeres o alegrías de la vida y de otra, la existencia en sí, necesaria para que los placeres sean posibles. Según él, la alegría es una “fuerza mayor” que se impone a todo sin que haya una razón: simplemente sobreviene, sin un porqué ni una finalidad. Tampoco es un instinto. Nada en la vida es causa necesaria de alegría; ni nada es obstáculo obligatorio. Rosset ilustra el valor incondicional de la vida en la *Odisea*. Ulises, que ha ido al Hades a pedir augurios a Tiresias para volver a su patria, se encuentra con el alma de Aquiles y le dice:

Tú, Aquiles, fuiste feliz entre todos y lo eres ahora.
Los argivos te honramos un tiempo al igual de los dioses
y aquí tienes también el imperio de los muertos: por ello
no te debe, ¡oh Aquiles!, doler la existencia perdida.

Tal hablé. Sin hacerse esperar replicándome dijo:
‘No pretendas, Ulises preclaro, buscarme consuelos
de la muerte, que yo más querría ser siervo en el campo
de cualquier labrador sin caudal y de corta despesa
que reinar sobre todos los muertos que allá fenecieron.’²

Podemos recurrir a otro ejemplo más próximo: El joven Gyürgy de *Sin Destino* experimenta esta cualidad, “fuerza mayor” del deseo de vivir. Lo han llevado a Buchenwald; de pronto, sabe que está con los restos o deshechos de la carga. Los porteadores sacan un cuerpo que está a su lado, lo lanzan y oye que balbucea “Pro...tes...to” mientras estaba suspendido en el aire. Al mismo tiempo, una agradable voz sorprendida replica: “¿Qué, aún quieres vivir?” Entonces Gyürgy parpadea al ver una mano que se le acerca. Después la carretilla es empujada hacia algún lugar. Va describiendo lo que ve desde su posición:

Humos de procedencia sospechosa se mezclaban con vapores más agradables; oí el conocido y simpático tintinear en alguna parte que me llegaba como en sueños, como si fueran unas suaves y dulces campanadas, y mis ojos encontraron, más abajo, la comitiva que cargaba la pesada olla, [...]; en medio de aquel frío punzante y húmedo sentí el olor inconfundible de la sopa de zanahoria. Aquella visión y aquel olor me provocaron un sentimiento en el pecho entumecido que fue creciendo en oleadas y consiguió llenarme los ojos –completamente secos– de lágrimas. No servían ni la reflexión, ni la lógica ni la deliberación, no servía la fría razón. En mi interior identifiqué un ligero deseo que acepté con vergüenza –porque aun siendo absurdo, era muy persistente–, el deseo de seguir viviendo, por otro ratito más, en este campo de concentración tan hermoso³.

¿Qué es mejor vivir o morir? ¿Quién se lleva la mejor parte, el que muere o el que sigue viviendo? es la pregunta que Sócrates deja a los jueces que lo han condenado. Homero responde claramente por boca de Aquiles que es preferible ser porquero entre los vivos que rey de los muertos, y a Gyürgy le parece bonito el campo.

¿Por qué la vida es más deseable que la muerte? ¿Qué es lo que le da valor?

Es universalmente aceptado que la muerte es la peor de las desgracias y como dice Borges en “El remordimiento”: “No ser feliz, el peor de los pecados que un hombre puede cometer”. En este punto, deberíamos considerar que hay circunstancias en que no es así. El genetista Ángel Carracedo recordaba en un artículo que de crío había oído una maldición terrible: “Que nunca saudades teñas e nunca poidas morrer”. Pero ésta no es la cuestión que nos ocupa ya que nos llevaría a la del derecho a morir dignamente.

El deseo de vivir no sólo no depende de ningún objeto de valor para imponerse sino que tampoco se pierde en condiciones extremas, como vemos en el caso de Gyürgy; en el del viejo M. Ángel que escribió en un soneto: “Mi alegría es la melancolía / y mi reposo son estas molestias” o en Machado: “Ama tu alegría/ y ama tu tristeza”. Kafka apuntó en su *Diario* que “la alegría es nuestro deber diario”.

Paradójicamente, la alegría admite cualquier realidad por indeseable que sea. Rosset cita a Nietzsche: “Casi todos los estados anímicos y todas las situaciones de la vida tienen su momento de felicidad”.

En conclusión, de manera contraria al sentido común, la alegría de la vida opera aunque la vida nos dé razones para creer que el mundo es horrible, que no hay ni ha habido más que miseria y que no va a cambiar. Rosset afirma que el júbilo de vivir no sólo no responde a ninguna razón lógica, sino que se da incluso siendo o a pesar de ser absurdo, de ahí la paradoja: “Gaudeo quia absurdum”⁴.

En cuanto a las alegrías de la vida, comprobamos que están ligadas a logros y objetos de brillo, valorados personal y socialmente, lo cual las hace efímeras como los objetos de los que depende. No parece que haya ningún objeto tan absolutamente precioso que asegure el gozo de vivir, como tampoco lo asegura el no tenerlos. La cuentística ilustra tanto el fracaso en la búsqueda del objeto fin del deseo como el de la vanidad o ilusión del desear. Rosset pone como ejemplo de fracaso el cuento del rey que otorgará la mano de su hija a quien le ofrezca el objeto más valioso⁵. Después de considerar que los tres maravillosos objetos que le son obsequiados tienen un valor relativo, la princesa elige a un cuarto pretendiente que le entrega su amor y su graciosa persona, es decir, nada.

Como ejemplo de la vanidad de desear, están los cuentos que abordan la temática de los deseos otorgados y perdidos por culpa de quien los solicita. Este tipo de cuentos tiene la estructura siguiente: un ser sobrenatural ofrece colmar tres deseos, el primero solicitado es ridículo; el segundo empeora la situación y el tercero tiene que emplearse para restablecer el orden anterior. Es lo que vulgarmente se expresa como “virgencita, que me quede como estaba”. Uno de los más curiosos al respecto es el *fablieau* “Los cuatro deseos de S. Martín”. Un devoto e indeciso campesino de Normandía permitió que su mujer fuera la primera en pedir un deseo provechoso para los dos. Ella anheló que su esposo quedara todo cargado de penes duros, alegando que uno y siempre blando no le servía. El campesino quiso que ella tuviera tantos coños como él, penes. Después ansiaron librarse de los coños y los penes y al final desearon tener uno de cada. De esta manera quedaron como al principio: no perdieron ni ganaron nada. Nosotros diríamos que ésta es la moraleja; pero el *fablieau* añade que se puede aprender que es insensato confiar en la esposa más que en sí mismo. Era el s. XII. También podemos ejemplificar este tema con “Los deseos ridículos” de Perault en el que un leñador desea morir porque no ve complacido ninguno de sus deseos y cuya lección es que la dicha es de quien goza de lo que tiene y no alimenta delirios.

Todos estos cuentos demuestran que la catástrofe acontece una vez conseguidos los objetos concretos, dice Rosset, porque no sólo no colman las expectativas, sino que empeoran la vida: por esa razón se desea volver a la situación originaria. A este propósito decía Heráclito que “no es mejor para los hombres que ocurra lo que

desean” y Spinoza, que “el mejor de los mundos posibles no es un mundo en el que se obtiene lo que se desea, sino en el que se desea algo”.

Freud captó que la esencia del deseo es desear y que la insatisfacción está en su corazón, porque el deseo se constituye a partir de una falta imposible de satisfacer. Estamos vivos en tanto en cuanto deseamos, y lo que podría colmar el deseo es un objeto inexistente, una falta. El deseo constituye la esencia y el motor de la vida y cuando decae puede aparecer la depresión o el deseo de morir. El hecho de no poder atrapar el objeto es el motor para continuar. Es preferible quejarse y sentirse insatisfecho si así se puede seguir deseando. En resumen, lo que nos empuja a vivir es el deseo de seguir viviendo, seguir deseando.

La piel de zapa de Balzac muestra otro planteamiento de la paradoja del deseo: que vivir y desear son inseparables; mientras hay vida hay deseo y el deseo consume la vida. También plantea el conflicto entre deseo y longevidad. ¿Qué es preferible una vida intensa pero breve o larga y tediosa?

-Sí; esto es un talismán que cumple mis deseos y representa mi vida. Ve lo que queda de él. Si me sigues mirando, voy a morir... [...] Viendo a Pauline, hermosa de terror y de amor, Rafael ya no fue más dueño de su pensamiento. Los recuerdos de las escenas amorosas y de los gozos delirantes de su pasión triunfaron en su alma dormida desde hacía largo tiempo y se despertaron como fuego mal apagado. [...] El moribundo buscó palabras para expresar el deseo que anonadaba todas sus fuerzas; pero no halló en su pecho más que sonos ahogados del estertor, que, a cada resuello, se producía más en lo hondo, parecía salir de las entrañas.⁶

2. El arte como expresión de la “alegría de vivir”

Quizás la alegría de vivir no se pueda explicar por la razón, pero se experimenta, y el arte nos permite verla operando.

Son muchos los cuadros que la plasman: los tapices de Goya, la obra de Fragonard, *La joie de vivre* de Matisse, entre otros, muestran unos personajes regocijándose en una naturaleza colorida y optimista.

De la música dice Rosset “que es el más potente catalizador de la alegría, el coadyuvante principal del éxito de esta reacción casi bioquímica que transforma la angustia en serenidad y la tristeza en felicidad”⁷. Pone como ejemplo de alegría sin razón de ser el aria *Largo al factotum de la città*, del Barbero de Sevilla de Rossini.

Fígaro: Ah, qué vida más hermosa, qué gran placer. Afortunadísimo eres en verdad. Dispuesto a hacer de todo, de noche y de día, de un lado para otro. Todos me llaman, me solicitan. Rapidísimo, soy como el rayo. Soy el factótum de la ciudad.

La mejor expresión poética de la alegría de vivir para Rosset es la descripción del escudo de Aquiles forjado por Hefesto⁸. Es la imagen de la felicidad y de que el paraíso está en la tierra, sin utopías.

El Canto XVIII de la *Ilíada* comienza con la noticia de la muerte de Patroclo. Aquiles, desgarrado por el dolor, desea morir si no puede matar a Héctor, aunque sabe que a continuación llegará su hado. También se nos cuenta la mortandad mutua que se causan los troyanos que tienen el cuerpo de Patroclo y los aqueos que quieren recuperarlo. Estamos en mitad de una guerra: están los muertos de ahora y los que se sabe que morirán mañana en la batalla y en sacrificios brutales. Entonces llama la atención la suspensión narrativa de la acción bélica para ofrecer la descripción detallada de una obra visual. Éste es el primer ejemplo de un recurso retórico llamado *ékphrasis*⁹. Pero este objeto, detalladamente descrito en algo más de cien versos, no es referencial, no es un escudo; sino que es verbal, nocional. Se parece más a un gran bajorrelieve donde se hubiera esculpido la vida cotidiana griega. Según Rosset, toda la superficie de Grecia. Cada escena encierra un relato de las alegrías, pero también de las dificultades, el crimen y la guerra. Por tanto representa la paradoja de la alegría de vivir. Seguro que los griegos que oyeran a los aedos pensarían que su mundo era el mejor de los mundos posibles y que en cualquier circunstancia se puede gozar de la vida. Nosotros y tantas generaciones anteriores y venideras nos sentimos ligados, “en la era sucesiva”¹⁰, por el arte que crea la única belleza que vive eternamente.

Belleza y verdad van unidas por Keats en su *Oda a una urna griega* donde dialoga con una urna funeraria esculpida en mármol. La escritura poética y el arte se enlazan para crear algo perdurable en el tiempo. No importa que la urna o el escudo de Hefesto no sean reales, porque entrañan una verdad necesaria para los humanos, dice el poeta.

Quando la vejez desgaste esta generación,
tú seguirás en medio de otro dolor,
que no el nuestro, amiga del hombre, a quien dices:
“la belleza es la verdad, la verdad, belleza”; esto es todo
lo que sabes de la tierra, y todo lo que saber necesitas.

En medio de la guerra, Homero se fija en la jovialidad de la vida cotidiana en la paz: jóvenes danzantes, música, buen vino y pan blanco. Banquetes y bailes. Bellos vestidos y adornos florales. En resumen, de la alegría, que es el triunfo de la vida. Comienza dibujando la fragua, las herramientas y los materiales empleados: bronce, estaño, oro y plata para pasar a describir el broquel¹¹.

Hefesto fabricó en primerísimo lugar un alto y compacto escudo
primoroso por doquier y en su contorno puso una reluciente orla
de tres capas, chispeante, [...]
Hizo figurar en él la tierra, el cielo y el mar,
el infatigable sol y la luna llena,

así como todos los astros que coronan el firmamento:
las Pléyades, las Híades y el poderío de Orión,
y la Osa [...]

Entre el cielo y “el gran poderío del río Océano¹²”, Homero situó el microcosmos griego representado en dos ciudades.

Realizó también dos ciudades de miserables gentes,
bellas. En una había bodas y convites, y novias
a las que a la luz de las antorchas conducían por la ciudad
desde cámaras nupciales; muchos cantos de boda alzaban su son;
jóvenes danzantes daban vertiginosos giros y en medio de ellos
emitían su voz flautas dobles y fórmingses, [...]

No se trata de una ciudad idílica en la que todo es cantar y bailar. También se había cometido un asesinato y se cuenta cómo se hacía justicia. Las gentes se reunían en el mercado y defendían a uno u otro de los que pleiteaban; los ancianos iban dando su dictamen y el que era aclamado como más justo se llevaba los talentos que los litigantes habían depositado.

La otra ciudad estaba asediada por dos ejércitos de tropas
que brillaban por sus armas. Contrarios planes les agradaban:
saquearla por completo o repartir en dos lotes todas
las riquezas que la amena fortaleza custodiaba en su interior.

Allí había guerra, se “arrastraban los cadáveres de los muertos de ambos bandos”, y muertes poco heroicas como las de dos inadvertidos pastores que iban recreándose con sus zampoñas y cayeron en una emboscada. La *Ilíada* no es sólo la primera obra en que se muestra compasión por los vencidos; sino que se levanta acta de las muertes de los insignificantes ciudadanos, lo que hoy se llama “daños colaterales”.

La naturaleza que pinta Homero no es idílica, muestra sus peligros. Nada que ver con el *locus amoenus* de la poesía renacentista donde las ovejitas escuchaban los lamentos amorosos de los pastores sin riesgo de ser devorados.

Es sublime la descripción del campo, las labores de los agricultores y pastores. La siega, la vendimia, la fiesta después del trabajo con los jóvenes bailando.

También representó un mullido barbecho, fértil campiña,
ancho, que exigía tres vueltas. En él muchos agricultores
guiaban las parejas acá y allá, girando como torbellinos.
Cada vez que daban media vuelta al llegar al cabo del labrantío,
un hombre con un copa de vino, dulce como miel, se les acercaba [...]

Representó también un dominio real. En él había
jornaleros que segaban con afiladas hoces en las manos.
Unas brazadas caían al suelo en hileras a lo largo del surco,
y otras las iban atando los agavilladores en hatos con paja.[...]

Los heraldos [...] se ocupaban del gran buey sacrificado; y las mujeres copiosa harina blanca espolvoreaban para la comida de los jornaleros. [...]

Representó también una viña muy cargada de uvas,
bella, áurea, de la que pendían negros racimos [...]
Alrededor trazó un foso de esmalte y un vallado
de estaño; un sólo sendero guiaba hasta ella, [...]
Doncellas y mozos, llenos de joviales sentimientos
transportaban el fruto, dulce como la miel, en trenzadas cestas. [...]

Realizó también una manada de cornierguidas vacas,
que estaban fabricadas de oro y estaño [...]
Dos pavorosos leones en medio de las primeras vacas
sujetaban a un toro, de potente mugido, que bramaba sin cesar [...]

El muy ilustre cojitranco bordó también una pista de baile [...]
Allí zagales y doncellas, que ganan bueyes gracias a la dote,
bailaban con las manos cogidas entre sí por las muñecas.
Ellas llevaban delicadas sayas, y ellos vestían túnicas [...]
Además, ellas sujetaban bellas guirnaldas, y ellos dagas
áureas llevaban, suspendidas de argénteos tahalíes.
Unas veces corrían formando círculos con pasos habilidosos
y suma agilidad, [...]
y otras corrían en hileras, unos tras otros.

La descripción del escudo acaba en una pista de baile, con la pura y simple alegría de vivir de los jóvenes divirtiéndose. Después, en sólo ocho versos se resuelve la referencia al resto de las piezas de la panoplia y finaliza con el gesto triunfal del artista.

Después de fabricar el alto y compacto escudo,
le hizo una coraza que lucía más que el resplandor del fuego
y también un ponderoso casco ajustado a sus sienas,
bello y primoroso, que encima tenía un áureo crestón,
y también unas grebas de maleable estaño.
Tras terminar toda la armadura, el ilustre cojitranco
la levantó y la presentó delante de la madre de Aquiles,
que cual gavián, descendió de un salto del nevado Olimpo,
llevando las chispeantes armas de parte de Hefesto.

El mundo que describe Homero es maravilloso parece esculpido, forjado por un dios; pero en él no hay dioses. Ellos, que están en todas partes en la *Ilíada* malmetiendo y jugando con los hombres, están ausentes en esta parte porque, como inmortales, no pueden participar de la alegría de vivir, dice Rosset¹³, porque ella es exclusiva de los humanos.

Apreciamos más, si cabe, la genial inspiración y creación del anónimo aedo, cuando leemos en la *Odisea*¹⁴ sobre el regalo que Menelao le ofrece a Telémaco, que se valora por los materiales usados, no por lo pintado en él; sin embargo sabemos que los objetos domésticos griegos estaban ricamente decorados.

te daré la más bella y más rica de todas las joyas
que guardadas conservo en mi casa. Será una crátera
de esmerada labor: tiene el cuerpo forjado de plata
todo él y un remate de bordes de oro. Trabajo
es del ínclito Hefesto...

También cuando leemos en el Libro VIII de la *Eneida* cómo Virgilio usó el recurso de la écfrasis como parte de su diálogo con Homero, pero con resultados menos interesantes. A su descripción le faltan gracia y vitalidad, quizás porque puso su arte al servicio del poder a través de las profecías sobre los triunfos de los romanos y el linaje mítico que llevó hasta Augusto: “Tales acontecimientos contempla Eneas sobre la superficie del escudo de Vulcano, regalo de su madre [...] levantando sobre su hombro la gloria y los destinos de sus descendientes”.

Después de leer a Homero y a Rosset podemos concluir que el paraíso es terrenal y no está en “la otra esquina”, como dice el título de la obra de Vargas Llosa, y que la felicidad es la alegría de vivir en los presentes sucesivos, con o sin motivos, porque existir es la sin razón para ello.

Notas

1. ROSSET, Clément: *El lugar del paraíso. Tres estudios*, Barcelona, Anagrama, 2020.
2. HOMERO: *Odisea*, Madrid, Gredos, Biblioteca breve, 2000, Canto XI, vv. 484-91.
3. KERTÉSZ, Imre: *Sin destino*, Barcelona, Acantilado, 2001, p. 192.
4. ROSSET, Clément: *La alegría y su paradoja*, Santiago de Chile, Hueders, 2019.
5. *Ibid*, p. 59.
6. BALZAC, Honoré de: *La piel de zapa*, Madrid, Alianza, 2007, pp. 393-395.
7. *La alegría y su paradoja, op. cit.*, p. 67.
8. “El escudo de Aquiles” en *El lugar del paraíso, op. cit.*
9. Descripción precisa y animada, no estática, de un objeto de arte real o ficticio en una obra narrativa.
10. Paul Valéry en *Le cimetière marin*.

11. Homero, *Iliada*, Madrid, Gredos, Biblioteca breve, 2000, Canto XVIII, vv. 478-613.
12. *Ibid.* Nota p. 386: El Océano ocupaba la orla exterior del escudo, como ocupaba el contorno exterior de la tierra.
13. “El escudo de Aquiles”, *op. cit.*, p. 25.
14. *Odisea*, *op. cit.*, Canto IV, vv. 613-17.